

AMOR CLARETIANO EN EL FINAL DEL MUNDO

Estefanía Rodríguez – curso 802 COLOMBIA

Esta historia ocurrió algo antes de que el sol se cansara de alumbrar la tierra, cuando las olas dejaron de lamer las costas arenosas en todo el mundo y decidieran tragarse continentes enteros y quizás unos cuantos siglos después de que las bestias tomaran posesión de todo y los humanos ya no fuésemos la cima de la cadena alimenticia. En esta era de confusión y caos, las bestias aprendieron del terrible comportamiento del humano y poco a poco tomaron posesión de todas las grandes fábricas y gobiernos, la manera en que lo hicieron, permanecerá oculta en la oscura mente de aquel astuto gato que lideró la conquista el mundo en que habitaba con cientos de miles de bestias en los bosques, praderas, mares, desiertos. Pero nuestra historia no se trata acerca de la manera en que el mundo se sumió en este caos, ni de cómo los humanos poco a poco iban perdiendo su humanidad pareciéndose a aquellas bestias que les gobernaban, no, nuestra historia tratará acerca de cómo las pocas personas que aun tenían a Dios en su corazón conservaron celosamente el secreto de la salvación de la humanidad a la espera del nacimiento de los tres elegidos, que devolverían al mundo la paz.

En un viejo callejón alejados del centro de la capital del actual “centro del orden mundial”, como gustaban llamarlo los burócratas del concejo, vivía un viejo profesor retirado, junto con tres huérfanos que la orden le había encargado hacia ya trece años, exactamente ese día, lo recordaba como si hubiera sido ayer, eran un bultito en manos de la jefa, estaban dormidos y mientras la jefa le explicaba como estos tres pequeños huérfanos habían sido salvados de una patrulla de bestias que pasaba y luego como se había descubierto que tenían la marca del claretiano, la marca que según las leyendas solo tendrían los elegidos, el profesor sabía que de él dependía el anonimato de estos pequeños, así como su formación básica, pues un destino mucho más grande les aguardaba que solo quedarse limpiando calles y siendo sumisos a la voluntad de las bestias, pero terminó queriéndolos como a hijos propios. Desde pequeños vio en ellos los signos de los elegidos y las virtudes con las que solo ellos podían rescatar de la humanidad.

Vera, representaba la fuerza claretiana, perdida desde tiempos inmemoriales, esta pequeña era capaz de convencer con palabras a los demás, su voz era clara y fuerte, su actitud justa y benévola, y no soportaba ante nada la injusticia, por ello vivía constantemente en cavilaciones y acciones para ayudar a los humanos que tan mal eran tratados en esta horrible era, en palabras de la leyenda, ella era la voz de la justicia de Dios.

Félix, el segundo de los hermanos era quizá el ser mas amoroso que la tierra hubiese visto en siglos, su amor era incondicional y fuerte, justo y recto, perdonaba y era tan sereno que sorprendía a aquellos que se burlaban de él, pues su falta de fuerza física fue siempre causa de burla en los alrededores, pero lo que no se podían los demás matones del lugar explicar era como los más duros de sus lugartenientes de la zona, terminaban pidiendo perdón, solo decían, que había una fuerza tal, que no era capaz de hacer daño, pero que afectaba de tal forma su consciencia, que les hacía recordar a sus madres y abuelas, se sentían entonces impregnados por los recuerdos de los mejores momentos pasados con los familiares o conocidos que mas amaban, entonces recordaban como eran

ellos antes de que el odio consumiera sus corazones, y allí mismo un nuevo amor nacía en ellos y renovaba su vida, era el Amor de Dios, del que Félix, era feliz portador.

Leo, el tercer hermano, y también el mas alegre, era casi luminoso, sonriente ante toda situación, feliz ante los regalos simple que le otorgaba el diario vivir y agradecido con lo que le rodeaba, cuando le conocían decían que solo una palabra podía describirlo, luz, era luz para quienes le rodeaban, los demás no podían mas que sonreír cuando él se encontraba cerca, sentían algo cálido en su interior, y las sonrisas mas plenas y felices inundaban sus rostros, Leo llevaba a todos la alegría misma con la que un claretiano amaba y así el era capaz de soportar las más pesadas tareas, los climas más terrible, las burlas más horrendas, siempre con un gran corazón y una gran sonrisa, no solo en la boca, sino en los ojos y el corazón, era la sonrisa de Dios, que nunca desaparece.

Los tres niños, de hecho, guardaban un secreto más profundo y antiguo que la conquista de las bestias y de cómo lo hicieron, en su interior yacían, las tres virtudes de un católico claretiano, la última de las familias de Dios en caer antes de la catástrofe. Juntos entonces, eran maravillosos y traían felicidad a su alrededor.

Aquel día, el profesor les llamó y les pidió que se colocaran las capas, había llegado el momento de llevarles hacia su destino, la hermandad les esperaba, pero ellos aun no lo sabían, el profesor consideró que lo mejor seria no agobiar sus jóvenes mentes tan pronto, pero ya no podía retrasar lo inevitable y tomando de las manos a Félix y Leo, permitió que Vera abriese la puerta y les ayudara a ingresar al viejo traste que el gobierno les permitió, realmente no podía llamarse auto, lo había sido en algún momento anterior, pero ahora, solo era una pila de escombros que se movía.

Luego de conducir por alrededor de una hora y por las áreas más oscuras de la metrópoli para evitar a los depredadores de la zona, se detuvieron en un edificio viejo, el profesor tocó tres veces, y alguien abrió una desvencijada rendija:

- Arrasa por donde pasa...- recito la voz en algo mas bajo que un susurro.
- Con el fuego de su amor. – respondió el profesor muy cerca de la puerta y se les permitió entrar.

El recinto era viejo y oscuro, con un fuerte olor a moho y tierra, pero ellos siguieron de largo hacia una trampilla en el suelo, de donde emanaba un fino hilo de luz. Una vez dentro se cerró la trampilla y los chicos se encontraron en un agradable pasillo con alfombra junto a un hombre joven y el profesor, a quien ellos llamaban “abuelo”, pero que allí, tenía un aire más solemne y sabio de lo que jamás habían percibido ellos.

- Bienvenidos – dijo una voz al final del pasillo, era una mujer alta y de mirada fuerte pero gentil, quien luego de las respectivas presentaciones y una larga explicación de cómo ellos eran los elegidos, nombrados hace millones de años, cuando aun la última familia no había caído, finalmente oyeron como su gente era oprimida, pues si bien habían visto un poco de esta terrible situación a su alrededor, el profesor jamás dejó que viesan demasiado, pues sus corazones debían ser puros y sin mancha de odio, así se les narró las penurias de su gente y la historia de como la avaricia destruyó todo lo que Dios nos había otorgado.

- Pero Dios es un Padre Misericordioso y hemos pagado nuestra condena, como prueba aquí están ustedes, quienes nos llevarán a una nueva nación.

Narrar la manera en como se trazaron los planes, sería tediosa, basta con decir que los tres pequeños chicos sintieron como el espíritu Santo les guiaba, así que aceptaron su misión y partieron de inmediatos, evangelizando a sus hermanos de doctrina y a aquellos que aun no la conocían, recordándoles el Amor que albergaban sus corazones, la justicia de la que eran partícipes y el origen del que partíamos todos, Dios, les recordaron el amor que sentían por la tierra que habitaban, que aunque mermada y destruida en partes, era su hogar y aun merecía la pena cuidarle.

Finalmente, y tras largos meses de enseñanza, por el poco poblado mundo que aún quedaba consiguieron unir a sus hermanos. Los humanos del mundo entero se levantaron con valor y amor, impregnando el mundo de la fuerza renovadora, traída por los tres claretianos, estos tres pequeños niños, que reflejaban el amor y las enseñanzas de unos fundadores tan antiguos que resultaban legendarios, aquellos tres niños, le recordaron a ese viejo mundo en ruinas, que aun valía luchar, pero no con odio, sino con las palabras del Espíritu Santo, fomentando la benevolencia que la amabilidad que se habían perdido tantos años atrás junto con el respeto al mundo y los seres que nos rodeaban, recordaron a las bestias, que también eran hijas de Dios y de esta manera, salvaron al mundo de la autodestrucción, con Amor, Justicia y Felicidad, así tres niños recordaron al mundo, el fuego del Amor de una Familia Claretiana.